

Y ahora las encinas...

*"Estas robustas matriarcales encinas castellanas, de secular medro,
que van siendo sustituidas —¡lástima!— por esos pinos quejumbrosos —queixumes dos pinos— y resinosos.
Estas encinas que esconden recatadamente su flor, la candela,
y dejan escabullir —o sea, escabullir, o salirse del cascabullo o cascabillo, del dedal— la bellota,
'su dulce y sazonado fruto', que dijo Don Quijote,
para que se ceben cochinos en la montanera. Cochinos que mantendrán a los hombres...".*

YA en 1931, don Miguel de Unamuno se lamentaba así de la paulatina desaparición del árbol más representativo de nuestras tierras. La inagotable sensibilidad del profesor salmantino no soslayó problemas de tan poca actualidad para su tiempo, como la destrucción de la Naturaleza, como esas sustituciones —entre otras— que el hombre hace de unos árboles por otros.

Mas ahora no se trata de un "ir sustituyendo". La noticia ha vuelto a saltar. Existe un plan, al parecer ya aprobado hace tiempo por la Administración, que pretende la desforestación de 37.600 hectáreas —primera fase de otro, que afectaría a 90.000— cuajadas de encinas, robles y alcornoques en la provincia de Cáceres. La finalidad de esta masiva destrucción del encinar, adhesado más importante del mundo, es poner en regadío toda esa extensión de terreno. Queda claro, desde el principio, que ni el autor de estas líneas, ni ninguna de las asociaciones proyeccionistas —AEDEN, ha sido la primera en levantar la liebre— que intentan oponerse al proyecto en su actual concepción, es contraria al desarrollo y menos al de una región tan necesitada como Extremadura.

Pretendemos inicialmente llamar la atención, que se tengan en cuenta el enorme valor paisajístico, cultural, y en definitiva, ecológico, de esas enormes extensiones. De que antes de iniciar el arrasamiento con bulldozer de los centenarios árboles, se estudien detenidamente la rentabilidad del proyecto y sobre todo su viabilidad.

Porque basta hacer una corta excursión por el mega-proyecto de regadíos del Plan Badajoz, para descubrir, sobre el terreno, que quedan aún varios cientos de parcelas que nunca han sido puestas en cultivo. Que muchos de los colonos que fueron atraídos al pretendido paraíso agrícola han abandonado no sólo sus tierras, sino los pueblos que se construyeron especialmente para ellos, que los agricultores extremeños no consiguen, muy a menudo, la rentabilidad deseable a su esfuerzo (recordemos que gran parte de la producción tomatera del pasado año se ha podrido en las cunetas).

Que, también en el más reciente de los proyectos de esa índole, en los regadíos de Peraleja de la Mata (Cáceres), los agricultores, que no dan a basto con las 2.500 hectáreas que allí se están regando desde hace dos años, aún no saben si sus cosechas son rentables, pues todavía ignoran qué canon pagarán por el agua. Las mismas circunstancias se dan, a pequeña escala, en los regadíos del Tiétar, abastecidos por el embalse del Rosarito. Allí, también, cualquiera puede comprobar el considerable número de parcelas abandonadas.

Nos atrevemos a recomendar, por tanto, que no debe arrancarse un solo árbol más hasta que la última de las hectáreas ya preparadas para ser regadas en Badajoz, en el valle del Tiétar, en Gabriel y Galán, comiencen a ser cultivadas. Sabemos, también, que muchas de estas parcelas están abandonadas porque nunca fueron ocupadas. No había mano de obra suficiente. ¿De dónde van a salir, pues, hoy agricultores para colonizar 37.600 hectáreas?

El trasvase de la fuerza productiva de la agri-

cultura, hacia la industria, resulta evidente para cualquiera. ¿Quién lo va a desviar? Por ello mismo incluso en las Cortes se han oído voces tan sensatas como las que a continuación transcribimos, sobre la desforestación que afectaría a 6.800 hectáreas de bosque, ubicadas en la ribera de Fresnedosa, El 90 por 100 de las cuales fueron declaradas de Interés Nacional. El párrafo es el siguiente: "Compréndase, pues, la prudencia de la Administración en acometer las obras de Ribera de Fresnedosa, ante la eventualidad de un fracaso por un futuro abandono de los riegos, motivado por los enormes e ineludibles costos de explotación, y más aún si se considera que su puesta en riego habría requerido la eliminación de un vastísimo bosque de encinar, con ejemplares de incomparable porte, que cubre en estos momentos el 99 por 100 de la Ribera...".

Y un último problema: la mayoría de los terrenos a desforestar son suaves colonias que no por ello dejan de estar por encima del nivel —incluso 140 metros— de los embalses que suministran agua. El escaso espesor del terreno no permitirá, por otra parte, más que el riego por aspersión. Ambas cosas se hacen con motores. Sabemos que una hectárea consume 6.500 metros cúbicos de agua al año, y como conocemos también la altura de los terrenos, la superficie y, la relación en el kilográmetro y el kilovatio hora, resulta que para regar esas tierras habrá que consumir cien millones de kilovatios al año. Dado que la energía eléctrica procede en su mayor parte de las centrales térmicas, que funcionan con el, siempre en alza, petróleo: ¿Será rentable esta inversión?

Todas estas cuestiones parecen olvidarse en el proyecto que mucho nos tememos sea una más de esas megalomanías heredadas del franquismo. El magnético poder, quizá de las cifras abultadas en los titulares de los diarios. Eso parecen buscar —el efecto político— las autoridades provinciales, pues últimamente han sido aprobadas las primeras obras: un primer tramo del canal que regaría las 20.000 hectáreas de la

zona de Valdecañas. También se han iniciado las expropiaciones para el inicio de las obras en Ribera de Fresnedosa, aquellas que con tanta prudencia juzgaba la Administración como inversión tremendamente arriesgada.

Y por otra parte, la de cal, al menos para los que consideramos a los árboles, al aire, al agua y a los animales como patrimonio cultural de cada pueblo:

Las encinas no se fabrican. Muchos ejemplares que sucumbirán de seguir adelante esta desforestación, son varias veces centenarios, algunos seguramente alcanzan los 600 años. Tanto el encinar adhesado como el alcornoque tienen una importancia ecológica de primera magnitud para todas las comunidades faunísticas propias del área mediterránea. Esto se manifiesta en la notable riqueza en especies de aves, mamíferos y reptiles que en ellos viven, presidida, además, por la mayoría de las especies en peligro de extinción de nuestra fauna.

Paisajísticamente podemos considerarlos como última muestra de lo que era nuestro país aquel que podía recorrer la ardilla sin bajar de los árboles. En Cáceres, en definitiva, contamos con nuestro último gran dosel de vegetación, con el último bosque que ocupa los confines del horizonte. Formaciones vegetales —y esto quisiéramos subrayarlo—, **en absoluto carentes de rendimiento.** La ganadería extensiva, tan necesaria, tiene aquí su verdadera oportunidad. Y, sobre todo, pensamos que si nos equivocamos al quitar las encinas y quisiéramos dar marcha atrás, tendrían que pasar muchas generaciones hasta que los españoles del, por lo menos, 2.200 pudieran contemplar de nuevo un bosque mediterráneo. Proponemos, en definitiva, a los que han de decidir, un poco de prudencia. Que se experimente, que se estudien, a fondo viabilidad y rentabilidad en una pequeña extensión antes de iniciar la desforestación más extensa de los últimos tiempos en todo el occidente europeo. No sumemos en nuestro haber un desastre ecológico más. ■ JOAQUIN ARAUJO PONCIANO

